

CANTABELLA O LA BRILLANTE INCOMODIDAD DEL ARTE

PASCUAL GARCÍA

Resumen:

En toda la obra de Carmen Cantabellla desde el principio hay un continuo diálogo con una expresa intención crítica entre los clásicos (Velázquez, sobre todo, pero también Andy Warhol, Goya o Courbet) y, por otro lado, una continua traslación de otras esferas artísticas, del orbe cinematográfico, de la fotografía, del cómic y de la publicidad.

Palabras clave:

Carmen Cantabella, naturalismo, simbóismo, estética, imagería, Shunga.

Abstract:

Throughout the work of Carmen Cantabellla from the beginning there is a continuous dialogue with an expressive critical intention among the classics (Velázquez, especially, but also Andy Warhol, Goya or Courbet) and, on the other hand, a continuous translation of other artistic spheres, of the cinematographic orb, photography, comic and advertising.

Keywords:

Carmen Cantabella, naturalism, symbolism, aesthetics, imagery, Shunga.

Hace muchos años que me viene inquietando esta pintora nacida en Murcia con la que coincidí en un plató de la televisión regional de una forma inesperada. En aquel tiempo ella presentaba sus *Latas*, sus *Ahumanos* y ya había creado una gran expectación en la ciudad con la exposición ambulante de la reina consorte doña Mariana desnuda, que a todos nos había sorprendido cuanto menos y que nos había obligado a volver el rostro hacia la trasera de los autobuses. Era no solo una reinterpretación de los clásicos osada y heterodoxa, sino que además había echado mano de un soporte inusual y con cierta espectacularidad. No nos cupo la menor duda, entonces, ni con esa exposición ni con la de *Latas* ni más adelante con sus *Vallas* de que su actitud era fundamentalmente crítica, renovadora y muy fresca, por mucho que podamos aducir un pasado vanguardista occidental que ya ha cumplido un siglo y que está al alcance de cualquier artista o de cualquier escritor.

El tiempo y el azar volverían a reunirnos en diversos y muy agradables contextos para conformar una incipiente amistad, que, entre otras cosas, me ha permitido conocer hasta cierto punto a esta pintora de pequeño tamaño, inquieta y con una permanente sonrisa en la boca, de un espíritu crítico insobornable, dura y frágil a un tiempo, pero trabajadora a ultranza, buscadora incansable de su propia identidad y del camino adecuado para denunciar el mal, la estupidez y la fealdad que la rodean por todas partes menos por una, su compañero, su esposo y su amigo, el escritor José Cantabella.



Estanteria Ahumanos

De origen autodidacta casi, una media docena de cursos en el ámbito plástico, impartidos por profesores y artistas brillantes en diversos lugares de España y del extranjero amparan su formación, coronada por la Beca Fundación CIEC, Centro Internacional de la Estampa Contemporánea. Curso de Serigrafía. Betanzos, en La Coruña. 2007. Y después más de cuarenta exposiciones en Murcia, Madrid, Holanda, México, Bilbao, Santander, Lituania o Almería, entre otros lugares, dan idea de la proyección y de la importancia de la pintora, de su aliento universal y del modo acertado con que ella y Javier Cerezo, su galerista en Murcia, han sabido forjar las bases de su carrera y proyectar a la pintura a una dirección universal y de éxito asegurado.

Tampoco resulta irrelevante, sino más bien todo lo contrario, que su obra esté en colecciones como la de Arte Contemporáneo de la Comunidad de Madrid, la permanente del Museo de Almería, el Gobierno de Cantabria, la Fundación Cristóbal Gabarrón de Valladolid, la de Cristóbal Querétaro de México, la de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, la Guayasamín de Cáceres, la Fundación Bancaja, la Diputación de Ourense, Associació Sant Lluc per l'Art. Mataró. Barcelona, Lycée Français André Malraux, Ayuntamiento de Murcia, Ayuntamiento de Parla, Madrid, Ayuntamiento de Pinto. Madrid, Ayuntamiento de Alcázar de San Juan. Madrid, o Ayuntamiento de Ciudad Real, por citar algunas colecciones destacadas, además de haber participado en casi doscientas exposiciones colectivas.

Todo lo anterior da una idea de la capacidad de trabajo, del entusiasmo y de la energía de una artista que no solo ha creado mucho, sino que además no ha parado de reflexionar sobre su propia creación y sobre el mundo.

Como resulta imprescindible denominar con palabras la tendencia, el movimiento o el estilo de un creador, le pregunto a Carmen por el nombre adecuado para llamar a eso que veo en su estudio de una manera habitual, a lo que aparece en la prensa y a lo que ella muestra en sus exposiciones. Carmen me dice que lo llama naturalismo simbólico por no usar el conocido marchamo de surrealismo, pero lo que es indudable es que en toda su obra desde el principio hay un continuo diálogo con una expresa intención crítica entre los clásicos (Velázquez, sobre todo, pero también Andy Warhol, Goya o Courbet) y, por otro lado, una continua traslación de otras esferas artísticas, del orbe cinematográfico, de la fotografía, del cómic y de la publicidad, a lo que se podría aducir que esto ya lo hacía el Pop Art y que no es novedoso del todo, aunque Carmen Cantabella le otorga una dimensión diferente, como si estuviésemos ante el resultado de una larga reflexión con ella misma y con el mundo en el que se mueve, hasta tal punto de que sus creaciones pueden gustar más o menos, pueden provocar el entusiasmo o la repulsa, pero no dejarán nunca a nadie indiferente. Quizás el primero de los deseos de la artista sea justo éste, el de impactar en las retinas de todos los que observen en algún momento su obra, y la voluntad de remover el interior de todos los espectadores para que a partir de ese instante nada sea lo mismo. Cambiar la realidad es el propósito último de la artista y para esto cualquier camino estético constituye una alternativa, los clásicos revividos y reinterpretados, la publicidad, otra vez, en primera plana como aquel reconocible

bote de sopa de tomate y cualquier formato, siempre que despierte el interés del observador: los autobuses, las latas, las vallas.

En *Esto (no) es una lata* Fernando Castro Flórez aclara desde el principio la adscripción pictórica de la artista: «Esa obra, tremendamente ambiciosa y, al mismo tiempo, marcada por el humor más afilado, era el resultado de una mente enganchada al pop». El crítico de Plasencia señalaba con seguridad el magisterio y la sombra benéfica de Andy Warhol, pero cualquiera puede comprobarlo en la constante imagería de esta pintora, y a la vez Fernando Castro aduce la ironía, la insatisfacción y la desilusión artística para justificar este salto a la cultura de masas y al mundo de la imagen, una parodia a la luz de la modernidad de los clásicos iconos de la pintura occidental.

Cualquiera, que hubiese frecuentado con detenimiento la obra de Cantabella, estaría, por supuesto, de acuerdo con el crítico de Plasencia, aunque en las distancias más cortas, con Carmen en su estudio de Aljucer, uno adivina una obligatoria y muy creativa insatisfacción personal que le impulsa a buscar continuamente y a enjuiciarlo todo desde aquella asentada ya óptica de mediados del siglo XX, tal vez porque el punto de partida es el humor, la liviandad aparente del pop y el espíritu joven, que en Cantabella pasa de ser una mera parodia de los clásicos en el tiempo de la publicidad a una grave meditación sobre la cultura, la política, la sexualidad y la literatura de nuestros días.

Los intocables de esa cultura de consumo, Tintín, por ejemplo o el Shunga o El Principito pasan de forma inevitable por la mirada escrutadora, valiente y lúcida de la artista. Viene haciéndolo desde el principio, desde *Ahumanos* y no dejará de hacerlo nunca, porque desde *Goya*, desde la *Leyenda Negra* existe un modo de representar las pesadillas del artista y su incomodidad en el tiempo y en el espacio en el que vive y los espíritus como el de Carmen Cantabella no pueden sustraerse a esa parte oscura del hombre y de la vida. Volveremos a comprobarlo en *Desaparecidos* y en su última serie, todavía en fase de creación, *Tizones*, donde la propia pintora se pronuncia sobre su obra: «En esa serie pictórica trato de mostrar el presente y el futuro de nuestra sociedad a través de imágenes del pasado. Mis escenas destruyen los recuerdos y los barren completamente, hablan de un mundo lleno de interrogantes e incertidumbres».

A la luz de sus palabras son evidentes dos preocupaciones, su eterno interés social y político y su búsqueda perenne, partiendo siempre de plataformas clásicas, de una iconografía que revisa a menudo y pone al día en aras de un enjuiciamiento sobre la modernidad, que en el ámbito de la literatura se denominaría intertextualidad y en artes plásticas nos atreveríamos a llamar intericonicidad, que en la obra de Cantabella se resuelve en el ámbito del cine, de la pintura, de la fotografía y del cómic, en una suerte de *totum revolutum* que representa a la perfección el carácter cultural mestizo del siglo XX.

Escribe Fernando Castro Flórez. «Cantabella demuestra que sabe cómo utilizar las imágenes, por ejemplo, cuando retoma a Marilyn, la super-star, para subrayar sus



Tizones I, 130x130 acrílico tela.

ñas pintadas o colocar una mano manejando unas marionetas, en una cita cruzada de *El Padrino*».

Cantabella pertenece, como pertenecemos todos a un mundo de imágenes en movimiento, sin otros referentes más que el cine, la televisión y la publicidad. De manera que sus latas, sus vallas, sus traseras de autobuses son una manera de actualizar y recomponer nuestro imaginario en un presente continuo y en movimiento, porque todo se mueve, es portátil o posee un carácter efímero y, a la vez, todo se vende, todo se expone, incluida la más estricta intimidad, esos pubis de doña Mariana en constante exposición por la ciudad de Murcia.

Pedro Alberto Cruz Sánchez plantea en referencia a la obra de Cantabella la pregunta, a mi parecer, crucial en este contexto del Pop Art que constituye la degradación del final de las vanguardias y que nos enfrenta a todos los espectadores con el dilema de las miserias del mundo en el que vivimos: ¿Es el Pop Art una estrategia estética y discursiva afirmativa y complaciente con el espectáculo, o, por el contrario, la puesta al descubierto de los mecanismos de los que se sirve ésta para la mercantilización del arte? O sea ¿es mero espectáculo o es una parodia del espectáculo en el que estamos todos incluidos?

Su respuesta parece también harto inteligente, es una continua tensión entre ambas opciones. Por lo tanto es juego, es pirueta, es homenaje, es una duda continuada llevada a la tela o a la madera preparada con el rigor, el dominio y la valía de una artista que no parece calmarse nunca, que se halla siempre en una continua

fluctuación, trabajadora incansable y, tal vez también como causa de todo, observadora incansable de cuanto nos concierne.

El artista tiene la obligación, como Cantabella, de mirar de otra manera, de entregarnos la imagen que nadie es capaz de alcanzar, pues, de lo contrario, la historia de la pintura, y en general la historia del arte y de la literatura, no tendrían valor alguno.

El miliciano está en una posición exacta a la de la famosa fotografía, su piel refleja un dramatismo intenso tocada por una luz siniestra, tiene los ojos cerrados y el rictus de la cara nos vaticina el momento justo de la despedida brutal, porque un proyectil lo ha abatido en pleno avance bélico, en el mismo campo de batalla, está basado en una foto celeberrima y tiene el valor de recoger el instante de la fuga, el documento de la tragedia humana en la guerra, en cambio en la versión de Cantabella el miliciano abatido se balancea en un columpio cuyo asidero tan solo intuimos, porque parece colgado del cielo y como en el aire. Es una visión casi irreal, de una víctima que cae al vacío y que impacta más precisamente porque al drama luctuoso se le añade el vértigo, la ignorancia del lugar donde al final reposará el cuerpo. Es una imagen en suspenso, en el aire, en el vaivén del columpio que conducirá al cuerpo al más allá. Los tonos del paisaje y del rostro del miliciano tienen la cualidad de aquellas constantes referencias lorquianas a la muerte, porque el color parece evocar ese último destino, ese verde funeral y poético.



El miliciano, 35x27 acrílico tabla entelada 2016

Se trata de un testimonio, de una adhesión, pero también de una parodia en torno a una imagen que vuelve a reinterpretarse, a la que se le añaden nuevos significados y nuevos matices, porque se ha convertido en una marca, si bien de signo histórico y político, pero al cabo en una imagen de mercado antes que en un mero testimonio.

Así viene ocurriendo con todas sus exposiciones hasta la penúltima, denominada Desaparecidos, que se colgó en el Museo de Almería y en la que una vez más la artista plástica conjugaba en sus nuevas creaciones una portentosa imaginación, un tema de actualidad y una conveniente mitificación a la luz de la modernidad que provocaba en el espectador el vértigo de la injusticia evidente, pues esta vez el asunto tratado era el de la memoria histórica.

Así, de la esfera del Pop Art hasta la conciencia política de los últimos días se mueve esta artista integral, concienciada y perfectamente inmersa en la cultura artística de finales del siglo XX, que ha logrado combinar la tradición y el mercado, la publicidad y a los clásicos hasta fundirlos en un espíritu moderno y casi radical.

Pedro Alberto Cruz Sánchez se refiere en un momento de su estudio y de un modo brillante a la tradición y al uso de ella en la actualidad: «La tradición llega a ser un basurero que acumula una multitud de historias particulares que no tienen lugar alguno en la consciencia para la plenitud de sus evoluciones y la de las historias que existen», y más adelante añade: «El basurero de la tradición no es un transporte de mutaciones, de cosas que imitan, recuerdan y copian partes de las otras».

Pero, al margen de todas las consideraciones críticas sobre la evolución de la pintura, lo que de la obra de Cantabella acaba por interesarnos es su poder de cambiar el mundo, de otorgarnos una imagen diferente del lugar en el que vivimos, aunque para ello deba recurrir a las viejas imágenes de Velázquez, de Goya o de Courbet, a las fotografías de un mundo profundamente injusto, a los objetos de ese monumental supermercado que habitamos desde hace un par de siglos y que con la televisión y con el cine se ha multiplicado hasta la extenuación, mientras cundía la injusticia, se ahogaban en el mar aquellos que pretendían alcanzar el nuevo mundo y vivir como nosotros y se extendía la corrupción y la rapiña de los políticos mientras bajaban los sueldos y se desatendía la educación y la sanidad.

Tizones es su última y extraordinaria propuesta plástica. Atisbo en estas maderas enteladas el horror del hombre sometido a una especie de juicio final, entre el expresionismo y la abstracción. Carmen Cantabella parece reinventarse de nuevo y nos deja, como suele ser su costumbre, con los ojos saciados y la boca abierta. Un placer siempre, no obstante.